

# El chulla Romero y Flores

Jorge Icaza\*

(Fragmento)



**E**l Chulla Romero y Flores -hábil señor de la conquista barata-, insistió en el asedio a la chullita, calificativo que Majestad y Pobreza usaba para mujeres sin fortuna. Aquel amor -por lógica de economía y clandestinidad- maduró por las callejuelas de los barrios apartados, por las faldas de los cerros, por los pequeños bosques cercanos a la ciudad. Pero el atrevimiento y los recursos del galán se estrellaron una y otra vez en la imprevista repugnancia de los ojos desorbitados, de las manos crispadas, de los gritos y de las lágrimas de Rosario.

-¿Por qué? No entiendo. Somos jóvenes. La vida manda- chilló el mozo temblando de indignación

(\*) *Uno de los más destacados y conocidos autores ecuatorianos del presente siglo. Nació y murió en Quito (1906 -1975). De entre su vasta obra narrativa destaca, según los más exigentes críticos, la novela "El chulla Romero y Flores", publicada en 1953, que ha sido traducida a varias lenguas extranjeras y de la cual se han hecho adaptaciones teatrales y cinematográficas. En el fragmento que reproducimos, como un homenaje al aniversario de la muerte de su autor, se narra el "baile de las Embajadas", en el cual desfilan una serie de personajes de la vida social criolla de entonces.*

una tarde que había preparado con sus mejores recursos el asalto amoroso.

-Me parece tan pobre. Tan...

-¿Tan qué?

-Entre la hierba...

-Siempre la misma cosa.

-Como animales... Como cholos... Como indios... - se disculpó la mujer con una dulzura que pretendía ahorrar su rechazo.

"Como cholos... como indios.", repitió mentalmente Luis Alfonso -eco de vergonzoso reproche-, estirándose, cara al cielo, junto a ella. Luego se incorporó a medias, se arreglo los cabellos como tenía costumbre hacerlo cuando trataba de presumir, miró a la muchacha tendida a la sombra del árbol donde pensó poseerla, y rectificó en secreto, de acuerdo con Majestad y Pobreza, sus viejos planes: "Tienes razón... Por las calles miserables, por las quebradas hediondas, por el campo, sin pudor, a merced de la impavidez del cielo, de la burla del viento, de la incomodidad de la tierra, del encuentro ventajero de algún cazador furtivo. En el zaguán de su casa. Una sirvienta, una guaricha, una longa. Yo no soy un soldado, un pordiosero, un artesano... ¡Oh ! como príncipes, como reyes, como... Ji... Ji...Ji... Ella también tiene su orgullo, su... Y yo... ¡Carajo!".

Con luz que parpadeaba inse-

gura en su fantasía -ensueño diabólico a los ojos, intriga superior en los labios-, el Chulla ordenó:

-Vamos. Es tarde.

-¿Enojado?

-¿Por qué?

Romero y Flores trabajó mucho en su plan. En su nuevo plan. Y un día sin demostrar interés, con esa indiferencia elegante que a veces copiaba de las estampas antiguas, anunció a Rosario:

-No sé si ir al baile del Círculo.

-¿Al gran baile?

-Al baile de las Embajadas.

-¿De las Embajadas? -Insistió ella buscando en los ojos del hombre la verdad. Nunca...

Nunca hubiera creído que... Lo más distinguido, lo más noble, lo más aristocrático de la ciudad....

-¿Por qué no? Tengo la invitación -murmuró el mozo entregando a la incrédula una tarjeta de filo dorado y escudo en relieve. Era auténtica. La obtuvo en virtud de sus conexiones con la burocracia de la Cancillería.

-En efecto. Es... Es... -dijo la muchacha y miró y remiró la misteriosa cartulina. Le inquietaba y sorprendía aquello de: "Condecoraciones. Traje de etiqueta".

-No me gusta ir solo.

-Pero... Si es necesario.

-Podemos ir los dos

-¡Los dos! ¿Yo también? -Exclamó Rosario poniendo una cara de

asombro y dicha indescriptibles.

-Naturalmente.

-Es que...

-No creo que se oponga Doña Victoria.

-Comentó Luis Alfonso con gamonal ironía que disculpaba las vacilaciones acholadas de la joven.

-¿Oponerse?

-Se trata de una fiesta de la alta sociedad. Diplomáticos. Generales. Funcionarios. Damas. Caballeros. A lo mejor asiste el señor Presidente de la República.

Con liturgia de sacerdote que explica al hereje los misterios de la fe, Romero y Flores continuó enumerando las personalidades y los detalles del paraíso del gran mundo.

-Comprendo.

-¿Qué? ¿Vamos o no vamos?

-Si pudiera conseguir... declaró sin control la muchacha pensando en las joyas, en el traje y en los zapatos que le eran necesarios para presentarse como había soñado desde niña.

-¿Conseguir qué?

-Nada. Yo me entiendo.

-Es que si tú no vas me aburriría mortalmente.

-Creo...

-¿Qué?

-¿Para cuándo es la fiesta?

-El doce. Falta una semana.

-¡Ah! Entonces, si. Iré.

-¿Seguro?

-Segurísimo -concluyó Rosar con gratitud chispeante en las pupilas.

Dos días antes del baile social llevando al brazo el sobretodo -obsequio de Doña Camila-, el Chulero Romero y Flores penetró en una casa donde alquilaban disfraces-vestimentas bajas, puerta de calle de portón de hacienda, zaguán de niveles sumergidos, patio húmedo poblado con tiestos de claveles y geranios. Golpeó suavemente, en la primera puerta del descanso de una anchura de piedra. Un hombre pálido de arrugas cincuentonas, envuelto en una bata de raso negro adornada con dragones de oro, mostró las narices abriendo una discreta rendija. Al conocer al visitante, exclamó lleno de júbilo:

-Venga, mi chulla. ¿Qué milagro, pes?

-Por verle, Contreritas.

-¿Nada más?

-Y por saludarle también.

-Gracias. Cholito. Entre. Siéntese.

Olía a cuero, a polilla, a trapo viejo. Era una especie de bodega con la historia del mueble. Desde el primer momento la promiscuidad de estilos y de épocas embriagaba con mal gusto. Junto a lo esquelético de las sillas de Viena, a lo renegrido de las bancas y los sillones coloniales se acomodaban las mesas y los armarios de simple línea moderna.

Junto a los tarjeteros de alambre, a las alcancías de yeso, a los festones de papel, deslucían los cristales de finísima talla y los jarrones de porcelana china. Junto a los tapices persas -vilmente falsificados- a las oleografías de santos y vírgenes, degeneraban lienzos de Miguel de Santiago y Samaniego. Por el suelo -hojarasca y follaje de fosilizada manigua-, alfombras, almohadones, escupideras, pebeteros, macetas con flores artificiales de toda especie, edad y tamaño. En estrechas hileras y altas pirámides -a lo largo y a lo ancho del recinto-, taburetes, cofres, tronos, bancos egipcios, babilonios, griegos, etruscos, bizantinos, confundiendo con arcas góticas, con cajas y bargueños del Renacimiento, con sillas, mesas y camas, estilo Luis XIV, XV, XVI.

En un claro de esa selva exótica, el hombre de la bata de los dragones de oro interrogó a Romero y Flores mirándole detenidamente:

-¿En qué puedo servirle?

-En un asunto que nos conviene a los dos -respondió el mozo acariciando la posible mercadería que llevaba colgada del brazo.

-¿A los dos?

-Necesito que me alquile un frac.

-¿Un frac?

-Para mí.

-¿Para usted?

-Claro.

-Me parece imposible ver a mi chulla, a nuestro chulla con faldones y cuello duro -se lamentó el dueño de casa poniendo en el gesto y en el tono su habitual melosidad femenina.

-Las circunstancias. Los compromisos...

-Qué circunstancias ni qué compromisos. Eso está bien para algún pendejo con plata que no ha dado todavía con el disfraz que le cuadre. Pero para usted... No. Perdería el carácter, la gracia, la personalidad.

-Usted... Usted no tiene derecho... -chilló Romero y Flores poniendo mala cara mientras pensaba: "Puedo vestirme de cualquier cosa, carajo. Soy un caballero. ¿Qué es eso de chulla? Maricón".

-Perdone. Yo decía...

-Bueno. Vamos al grano. Mire usted este abrigo. Es suyo. Una verdadera ganga.

-¿Ganga? -repitió el hombre de la bata de los dragones de oro examinando la prenda que había caído en sus manos sin saber cómo.

-La calidad del casimir. Última moda. Seis botones.

-No está mal.

-El forro.

-Dígame una cosa. ¿De dónde sacó usted esto?

-De la herencia de mi padre.

-¿Tan nuevo de su padre? -dijo, socarrón el dueño de casa compa-

rando mentalmente aquel abrigo con la levita y la chistera de Majestad y Pobreza que compró en otro tiempo para su galería de tipos nacionales.

-¿Duda usted de mí?

-¡Dios me libre!

-¿Entonces?

-Preguntaba solamente.

-Es que...

-No se caliente, cholito. ¿Y cuánto achaca por esto?

-El alquiler del frac y algo en dinero.

-¿También dinero?

-Necesito para el baile.

-¿Qué baile?

-El de las Embajadas.

-¿Usted... Usted también?

-Sí. Yo también. Aquí está la invitación.

Aquella pequeña cartulina -boleto de pase libre a la bienaventuranza de las oligarquías- transformó el diálogo. El hombre de la bata de los dragones de oro, subrayando sus melodías, aceptó la propuesta del mozo. Luego, concluyó:

-Creo que no me queda un buen frac para usted. Le acomodaré como sea. Todos me necesitan en un momento dado. A veces llegan del campo oliendo a sudadero de mula, a chuchaqui de mayordomo, a sangre de indio, a boñiga y quieren que yo... Tengo que acomodales la corbata, los broches, las medias... Tengo que limpiarles las

uñas, enseñarles a llevar en buena forma los guantes... Tengo que indicarles cómo deben sentarse. Siempre es lo mismo: en los banquetes, en los bailes, en los matrimonios, en la época de Congresos.

-¿También?

-También. Venga para que vea cuántas cosas están listas en el momento pero para la fiesta a donde usted va chullita.

-¿Sí?

A más de la bodega de la historia del mueble, Eduardo Contreras así se llamaba el hombre de la bata de los dragones de oro-, tenía una magnífica colección de trajes. Colección que la inició el bisabuelo de Contreras por los oscuros tiempos de la "vieja chuchumeca" y el "mochico con piojos". La guardarropía y el negocio en general crecieron por impulso de los afanes domésticos del bisnieto -crochet, costura, labores de mando, remiendo artístico- y a la urgencia cotidiana de un gremio monalísimo cholo que creyéndose desnudo de belleza y blasones buscaba a toda costa cubrirse con postizos y remiendos.

Mareaba un olor a naftalina, enaguas de vieja, a polvillo de canasta de sastrero, en el salón de los disfraces.

-Aquí hay una fortuna -exclamó Romero y Flores abrumado por la cantidad de polleras, blusas, corbatas, pas, pellizas, abrigos, sacos, pantalones...

lones, levitas, chales, corpiños, y cien prendas de diferente tamaño y calidad que pendían, como fantasmas de trapo, de un escuadrón de soportes y ganchos.

-Una fortuna. Cáscaras que va dejando la leyenda y la historia, cholito... Para cubrir a medias el vacío angustioso de las gentes que no se hallan en sí.

-¿A medias?

-La mayoría piensa que lo importante es el detalle, el paramento, el símbolo. De los reyes, la corona. De las princesas, los copepes y el armiño. De los santos, la aureola. De los héroes, los entorchados, los botones, las charreteras. De los sabios, de los poetas, de los artistas, los laureles, las medallas, los títulos -dijo en tono doctoral el hombre de la bata de los dragones de oro. Y se internó luego por un follaje de pierrots, de colombinas, de napoleones, de payasos, de arlequines, de odaliscas, de nerones, de frailes, de generales, de piratas, de monjas, de...

-¿Y esto? -interrogó Luis Alfonso al llegar a un rincón donde se exhibían sin orden algunos muñecos luciendo atavíos nacionales.

-Mi obra mayor. Nuestra cáscara



ra típica. Desgraciadamente está pasando de moda. Nadie quiere saber nada con los disfraces de su propia pequeñez. Lástima de dinero, ¿verdad? -afirmó Eduardo Contreras acariciando a un maniquí vestido con las prendas características de la chulla quiteña- manta bien prendida enmarcando el rostro, ciñendo los senos, pollera forrada a las nalgas, bota de cordón.

-En efecto.

-Lo sencillo de la indumentaria está de acuerdo con lo audaz de las formas. Esta... era nuestra hembra, cholito. Usted llegó tarde... Ahora, en cambio, la pobre trata de confundirse con la niña bien... Con la que copia los últimos figurines ex-

tranjeros.

Contreras siguió hablando en el mismo tono de reproche y lamentación sobre la indumentaria de los diferentes tipos del país que rodeaban a la figura de la chulla como en una vitrina de museo: la chola de follones de bayetilla, de blusa de raso y encaje, de pabito en las trenzas, de pañolón a cuadros -cocinera, sirvienta, guaricha, vendedora en el mercado-; el cholo campesino de zamarros lanudos, de poncho fino, de bufanda al cuello, de zapatos de becerro con rechín, de diente de oro -mayordomo, arriero, partidario, escribiente de latifundio-; el indio ciudadano de alpargatas de cabuya, de cotona, de pantalones de liencillo, de poncho mugriento, de sombrero de lana endurecida a golpes -peón del aseo público, albañil, cargador-; la beata de larga saya, de fúnebre manta -chismes enlutados, fanatismo neurálgico, prejuicios en conserva-; el futre...

De pronto, el monólogo del dueño de casa tuvo que suspenderse al notar que el amigo había tropezado con la chistera verdosa y la levita raída de Majestad y Pobreza, donde él puso, para completar el disfraz, unos zapatos ridículos, unos pantalones remendados, un cuello de celuloide y un pañuelo sucio.

"Es... Es... ¡Papá!", trató de gritar Romero y Flores arrebatado por

una especie de torbellino sentimental que ardía con ternura asfixiante más allá del orgullo.

"Padre de nuestros disfraces, de nuestras prosas, de nuestras pequeñas y grandes mentiras", se dijo Eduardo Contreras con mueca de pena y burla a la vez como si contestara a la sorpresa angustiada del chulla, como si...

"¿Nuestro? Mi padre... Miii, carajo... Cholo maricón...", pensó ceñudo y altanero, con lágrimas en la garganta, Luis Alfonso. La idea de que él también pudiera dejar a la posteridad análoga cáscara le produjo el pánico del niño perdido en las tinieblas, de la oveja al olor de la sangre. Pero como el testigo era hombre de humilde origen a pesar de su fortuna de trapos hediondos y palos apolillados -cholo medio blanquito que en el secreto de su alma temía y veneraba con morbosa angustia vicios y virtudes del viejo Romero y Flores-, pudo el mozo dominar fácilmente su emoción. Llevó la mano con disimulo a la boca para... "Para nada, carajo. Si algo valen todas estas gentes es por mi sangre, por lo que yo puse en ellos", afirmó la sombra de Majestad y Pobreza con esa oportunidad que a veces no hallaba oposición íntima -desaparecía mamá Domitila- y que inyectaba cinismo y audacia de "patrón grande, su mercé" en el chulla.

-¿Dónde? ¿Dónde está el frac?  
¡Mi frac! -interrogó Luis Alfonso con altanería.

-¡Ah! El frac -repitió Contreras retirando aparatosamente un enorme biombo.

Como una aparición mágica, frente a una esquina forrada de espejos, surgieron, erguidos en perchas de alambre, varios trajes de alquiler para la fiesta aristocrática.

-¿Tantos? -exclamó el joven.

-Dieciséis caballeros. Dos reinas. Cuatro estrellas de cine. Una princesa -anunció en tono de subasta el dueño del negocio mientras revisaba los detalles que él creía de buen gusto en su obra: condecoraciones, broches, cadenillas, monóculos, hilos de oro, botones, tules, brillos, flores, joyas.

-¿Y el mío? -insistió Romero y Flores.

-¿El suyo? Claro. Tiene razón. A usted le daremos un lord inglés.

-Un lord.

-Auténtico, chullita.

Con habilidad y limpieza de prestidigitador, el hombre de la bata de los dragones de oro sacó de un armario los trapos necesarios para transformar al cliente.

-Este debe ser su número.

Mientras soportaba las miradas geométricas y el manoseo de la prueba, Romero y Flores se entretenían observando un disfraz de mujer que tenía a su lado. Era un vestido

blanco lleno de tules en la pollera y flores de terciopelo rojo en el pecho, divinamente armado en un maniquí sin cabeza.

-Muy bonito -murmuró Luis Alfonso por decir algo amable mientras daba las vueltas al capricho de la técnica del artista.

-¿Qué es lo bonito?

-Los tules en la falda... También los adornos...

-¡Ah! Se refiere a mi modelo especial. Es para transformar a una chullita en princesa.

-¿Síiii?

-Mi princesa. De rechupete. Me inspiré en una revista. Es un retrato de ...

-¿Y en qué se conoce que es una princesa?

-Bueno... Aquí faltan los detalles: la diadema, los zapatos, el chal, las joyas, el bolso, y ese algo que obliga a las gentes a pensar en el personaje que uno quiere que piense.

Pasadas las diez de la noche, el chulla Romero y Flores llegó en un automóvil de alquiler a la casa de Rosario Santacruz, unas cuerdas más arriba de la esquina Cruz Verde. Inquieto por la sospecha de que la indumentaria de su pareja no pudiera estar a la altura de las circunstancias, descendió del vehículo doblando y desdoblando cuidadosamente su alargada e incómoda

figura de lord inglés. Desde la vereda miró y remiró -extraño bicho de palacio en pantano de arrabal- el viejo balcón de la dama, y, lleno de explosiva impaciencia silbó como un soldado a su guaricha, como un arriero a sus mulas. El eco -escándalo y reproche-, en la paz de la calle solitaria, le aconsejó esperar. Uno, dos, cinco minutos. De la penumbra del zaguán surgió de pronto ella. Vestido blanco de raso, flores de terciopelo rojo en el pecho, va-

ro está bien, muy bien... Ji... Ji... Ji... Debo creer... Creer...”, se dijo el mozo con curiosidad de ojos incrédulos. ¿Pero acaso no era ese su anhelo, su esperanza? ¡Una princesa! Con reverencia teatral y tuteo aristocrático, murmuró:

-Estás hecha un cielo.

-Y tú hecho un rey -respondió ella en el mismo tono zalamero.

-¿Vamos?

-Vamos.

La luz deslumbrante de las lám-

paras y de los festones de bombillos eléctricos, el bisbiseo curioso de las damas -reinas de baraja, princesas de opereta, estrellas de cine sin contrato-, la aparente austeridad de los caballeros de pechera blanca -usura en opulenta línea de financiero, contrabando envuelto en diplomáticas condecoraciones, caciquismo almidonado de omnipotencia democrática, calentura tropical ceñida a la más grotesca etiqueta palaciega-, y el ru-

mor tintineante -charreteras, espadas, medallas- de los napoleones de varias formas y tamaños, amedrentaron a los jóvenes intrusos al ingresar en el salón principal. Entre la realidad y la farsa hubo un momento -pequeño desde luego-



porosidad de tules sobre la pollera, diadema de brillantes entre los rizos del copete, guantes largos, bolso de lentejuelas.

“¡La princesa! La princesa de Contreritas... ¿Qué hago? ¿Cómo le denuncio? Parece lo que no es. Pe-

en el cual ellos se debatieron en el vacío. Su vacío. Mas, una información subconciente, alentó a la pareja: "Son las ropas de Contreritas... Diez, veinte, treinta... Todos embutidos en su disfraz... Con ese algo que obliga a las gentes a pensar en el personaje que uno... Maniqué de cabeza erguida, de manos nerviosas, de patitas relucientes..." Noble advertencia para diluir el temor. Primero en él. Gracias a la oportuna y violenta intervención de la voz de Majestad y Pobreza: "¡Adelante, muchacho! ¿Qué es eso? Estás en el secreto de la trampa. Todos juegan a lo mismo... ¿Qué es un lord inglés ante un Romero y Flores? Nada, carajo... ¡Sí! Nadie se atreverá a despertar a mama Domitila. La tengo acogotada, presa, hecha un ovillo con trapos de lujo. ¡No existe! Todos tratan de afirmar eso. ¡No somos indios! ¡Nooo! ¡No hay esclavos en la selva, en los cerros, en los huasipungos!" Avanzó entonces sin temor el mozo en busca de un lugar propicio, pero como a la vez sintió que Rosario seguía prendida de su brazo -actitud poco elegante de niño acoquinado- le dijo al oído con amable reproche:

-¿Qué te pasa, princesa?

"Princesa... Debo ser una princesa... Soy una princesa... Así... Un poco más...", concluyó con orgullo reparador la muchacha pensando en sus copetes estilo Imperio, en su

diadema real, en sus tules de Virgen de pueblo, en sus flores de terciopelo, en su collar de brillantes, en sus zapatos un poco ajustados -más el derecho-, en el raro perfume que despedía su cuerpo, en el caballero que le acompañaba. Y en busca de una liquidación completa de su borchorno, interrogó:

-¿A quién esperan?

-¿Por qué?

-¿No ves? Se agrupan en desafiante exposición como si los demás... Conversan sin arrugarse... Se miran... Nos miran...

La música del Himno Nacional surgió desde una pieza contigua transformando lo estirado e indiferente del cholero aristocrático en esbirrismo meloso, espeso.

-¡Su Excelencia! Su Excelencia el señor Presidente de la República -dijo alguien.

"¡Ah! Era él a quien esperaban... A él..." pensó Luis Alfonso sintiendo el contagio de la inquietud general. En ese mismo momento la comitiva que rodeaba a su Excelencia en marcha -ministros, banqueros, contratistas, embajadores, terratenientes, patriotas de profesión- ingresó al recinto abriéndose paso entre un follaje de tupidas amabilidades.

-Los adulones no le dejan en paz -comentó una vieja de opulentas caderas que formaba parte del grupo más cercano a la pareja de los

jóvenes intrusos.

-Imposible sin ellos. Dijo un señor pálido que parecía fabricado en hueso.

-Veinte años en este cuento.

-Y tiene para rato.

-Miren como menea la cola el opositor.

-Todos.

Por curiosidad el chulla Romero y Flores se estiró para observar. Más allá de un empedrado de calvas, de rizos, de moños, de diademas -tonsurada como la de un fraile-, se erguía y se inclinaba con precisión matemática de marioneta la cabeza de su Excelencia. "Cuánta dignidad... Cuánto brillo... Cuántas decoraciones... Es el mejor disfraz de la noche... ¿Disfraz? Acaso él ... ¡No! No es un chulla como... Parece que no... Ji... Ji... Ji..." se dijo el mozo y volviéndose hacia Rosario le anunció:

-Tenemos todavía para rato.

-¿Crees?

- Las ceremonias. Las dichosas ceremonias.

Después del besamanos al señor Presidente de la República, después de las primeras copas de champaña y de los primeros bailes, algo cambio en el ambiente. ¿El color? ¿El perfume? ¿La rigidez? ¿Las maneras? ¿El equilibrio?

En el salón del bar -improvisado en una esquina- y frente a una mesa cargada de fiambres -pavos al

horno, langostas a la mayonesa, barquitos de atún, bombas de camarones, canapés de anchoas, de espárragos, de caviar, caramelos, chocolates- que olían a corcho viejo, a pimienta, a mar, a canela, la concurrencia pululaba con porfía de moscas sobre mortecina.

Poco a poco se ajaron los vestidos -en lo que ellos tenían de disfraz y copia. Poco a poco se desprendieron, se desvirtuaron -broma del maldito licor- por los pliegues de los tules, de las sedas, de los encajes, del paño inglés. En inoportunidad de voces y giros olor a mondonguería, en estridencia de cargadas, en tropicalismo de chistes y caricias libidinosas, surgió el fondo real de aquellas gentes chifladas de nobleza, mostrando sus narices, sus hocicos, sus orejas -chagras con plata, cholos medio blanquitos, indios amayorados. Rodaban por los rincones, por el suelo, sobre sillas y divanes -plaza de pueblo después de la feria semanal-, retazos de cáscaras, tiras de pellejos -visibles e invisibles- a lo Luis XIV, a lo Pompadour, a lo hermoso Brummel, a lo Napoleón, a lo Fouché, a lo Jorge Sand, a lo Greta Garbo, a lo Betty Davis, a lo Clark Gable y a las decenas y decenas más de personajes de la cultura occidental y del cine norteamericano. Sólo su Excelencia se retiró a tiempo. Se retiró antes de sentirse desbarnizado, antes de que

su aliento empiece a oler a mayordomo, a cacique, a Taita Dios.

Ni por un instante el joven lord inglés descuidó su plan donjuanesco para dominar los escrúpulos y temores de la hembra en la pendiente del deseo. Le habló -susurro confidencial- de los deslumbrantes tesoros de la concurrencia que les rodeaba, sus postizos amigos y parientes. La obligó a beber champaña, mucho champaña, advirtiéndole que era de buen tono. Le brindó caviar.

-Caviar -repitió la muchacha saboreando con asco y disimulo aquel betún baboso que tuvo que tragárselo. Era manjar de reyes y de princesas.

Y en el baile, junto a él, sintiendo el pulso y la fatiga de una especie de vértigo sudoroso, encendidas de raras ancias, lejos de toda obsesión moral, amortiguado el dolor a los callos del pie derecho, ella comprendió que en lo más profundo de su intimidad nada era tan poderoso como el latir de su sangre, como la urgencia de su instinto -alegría de la música, delicadeza del aire, oleaje de otro ser sobre la carne, cosquilleo tibio de las palabras gratas.

Fatigada físicamente pero segura en su papel de princesa, Rosario preguntó a Luis Alfonso aprovechando de la vuelta cadenciosa de un vals:

-Dime quién eres.

-¿Yo?

-Síiii.

-Tiene gracia. Nadie.

-Mentira. ¡Mentiroso!

-No grites. Soy un lord inglés.

-Un lord. Mi lord -concluyó ella escondiendo la cabeza en el pecho del joven con inefable emoción. Luego pensó: "Un caballero. Es un caballero. Huele bien. Demasiado bien. Para besarle desnudo. Para estrecharle como a un niño. ¡Un niño! No soy una corrompida..."

El no dijo nada ¿Para qué? Sólo saboreo con arrogancia su triunfo de conquistador.

-Vamos, princesa. No es nada elegante ser de los últimos. Vamos -ordenó el chulla.

-¿Irnos? ¿A dónde?

-Al castillo.

-¿Al castillo?

-Nuestro castillo oculto en la montaña. Lejos de la ciudad -anunció Romero y Flores declamando como si contara un cuento.

-¿Nuestro castillo? ¡Ah! Bueno.

Salieron en fuga de película. En la calle -fría, llena de ofertas de transporte hacia la realidad-, tomaron un automóvil. El dio al chofer una dirección misteriosa. Ella en cambio, los ojos cerrados, estremecida por la vibración de la máquina, se sintió más segura en su disfraz, más princesa, flotando sobre un eco que le aseguraba no ser una corrompida. Abrió los ojos. Corrían

las casas...

-¿Dónde estamos? -interrogó con miedo de perder el hechizo de su fantasía.

-En el camino del castillo.

-Pero... Pero... -murmuró la joven mirando hacia afuera.

Abajo, muy abajo, al pie del cerro, en cuya ladera bordeaba la calle por donde iban, una plaza de luces mortecinas, de cúpulas y muros blancos manchados de crepúsculo, de casas apiñadas en sueño profundo de callejuelas por donde desaguaba tiritando el tedio de pulso de pila de piedra.

-¿Ves? Es el estanque del castillo. El estanque donde las brujas guardan...

-¡Oh! Es la Recoleta.

-No. Es el estanque del castillo.

-Sí. Es el estanque del castillo -repitió Rosario con voz y languidez de profunda esperanza.

De pronto se detuvo el automóvil. Bajó el galán disculpándose a medias ante su dama.

"Nuestro castillo... Ji... Ji... Ji... Nos esperan... ¿Quién? La... El... ¿Para qué? ¡Eso no! Soy una princesa. Por lo mismo... El es bueno... Huele bien...", pensó la mujer resbalando por escabrosos deseos. Luego, inquieta, observó entre las sombras. En el follaje de un pequeño bosque de eucaliptos que descendía por la ladera de un barranco oyó roncar el viento en su sueño de

mar enfurecido y lejano; en la tierra húmeda y las cañerías abiertas a esas alturas de la ciudad halló el secreto excitante de los olores nauseabundos. Y al otro lado, en la esquina de un chaquiñan -negro zigzag hacia el cielo-, los golpes de su lord inglés en la puerta de una casa chola -piso bajo, paredes desconchadas, ventanas de reja, alero gacho.

Una voz cavernosa -el idiota de los cuentos terroríficos- interrogó entre las sombras:

-¿Quién es? ¿Qué quiere, pes?

-Un cuarto, cholito.

-¿De a cinco o de a diez sucres?

-El mejor. Soy Romero y Flores.

-¡Jesús! Si no da algo adelantado, ¿cómo, pes?

-Toma, pendejo.

"No soy una corrompida. ¡Nooo! Soy joven... Puedo... Debo... Me arden las venas, en el corazón, en el vientre, en la piel...", sintió Rosario y se dijo con fervor de plegaria para olvidar los temores, con fervor que al aliarse al deseo embriagador que le dejó el baile, la música, el brillo de las joyas, el perfume de las gentes, el champaña, cambió la realidad en torno. Crecieron ante sus ojos las paredes cuál muros almenados. El ruido de la pequeña aldaba al abrirse sonó en sus oídos como cadenas y piñones al descender la plataforma de un puente. Y al entrar en la casa -sórdi-

da penumbra de refugio barato-confundió trapos de uso íntimo puestos a secar en una sogá tendida entre los pilares de un corredor, con pendones, banderas y trofeos de guerra. Tampoco tomó en cuenta lo prostituido y delator de los muebles, lo penumbroso del cuarto, lo hediondo a sudores heterogéneos de la cama, lo miserable y asqueroso del cholo que les había guiado.

Cuando se hallaron a solas, ella se acercó a él sin decir nada y con ternura provocativa, ansiosa, hechando la cabeza hacia atrás, mostrando sus ojos adormilados, su boca entreabierto en súplica de perdón: "No... No soy una corrompida..." Delicadamente -consejo felino de las malas experiencias para tempear besos, caricias y estrujones apasionados- Luis Alfonso fue desnudando poco a poco a la mujer. Era... Bueno... Al rozarle el cuello con los labios, confirmó:

-Mi princesa.

-Soy lo que tú quieres que sea -dijo Rosario sintiendo que existía en alguien: en el aliento olor a vino y tabaco que a ratos le quemaba en

las mejillas, en las manos que recorrían su cuerpo, en la magia de la boca que al posarse en cualquier punto de su piel narcotizaba el pasado y el presente.

Entrelazados y fundidos los amantes, fuera de su soledad -angustia de impotencia femenina en ella, simulación de rubor ancestral y desequilibrio íntimo en él- olvidaron sus disfraces, sus mentiras, para ser lo que en realidad eran: un hombre y una mujer que se entregaban mutuamente. De lo más profundo de la ternura de la carne y del espíritu de Rosario brotó entonces -urgencia tibia de círculos concéntricos en los músculos, en los nervios, en la médula- un rumor de dicha, de victoria: "No... No soy una corrompida, Dios mío... Soy feliz...". Afirmación gozosa que advirtió Romero y Flores en los ojos de ella -desorbitados en éxtasis de asombro-, en la piel estremecida -ansias de vivir y de morir a la vez-, en los labios fríos, en el vértigo que le arrebató exaltando su poder y su orgullo de hombre.

